

BRUCE LAWRENCE

LA HISTORIA DEL

Corán

Libros que cambiaron el mundo

Considerado la palabra directa de Alá, el Corán fue enviado en una serie de revelaciones al profeta Mahoma, y es adorado por los musulmanes de todo el mundo, en quienes despierta devoción, pasión, y en ocasiones miedo.

El autor muestra por qué el Corán es el islam. Describe los orígenes de la fe musulmana en la Arabia del siglo VII y explica por qué el Corán ha de ser memorizado y recitado por sus seguidores.

También estudia a los escépticos y los comentaristas del libro, y evalúa su inmensa influencia en la sociedad y la política contemporáneas. Sobre todo, subraya que el Corán es un libro sagrado de símbolos que no tiene un único mensaje. Es un libro que exige ser interpretado, y que solo puede ser comprendido correctamente a través de su historia.

*Al doctor Ibrahim Abu Nab, que vivió
la verdad de «buscar todos los días
los designios de Dios» (Corán, 55, 29).*

Agradecimientos

Estoy en deuda con tantas personas que aquí no es posible expresar más que un breve agradecimiento. Estoy agradecido, en primer lugar y de modo perdurable, a Ibrahim Abu Nab, de Ammán. Traductor, periodista y cineasta de talento, Ibrahim me abrió su corazón y su casa cuando lo visité en la década de 1980. Pasamos largas veladas leyendo, discutiendo y traduciendo el Noble Corán. He sacado mucho provecho de su comprensión de *Un Libro de Signos* (el Corán es al mismo tiempo el Noble Corán y *Un Libro de Signos*; véase más adelante, pp. 21 y 27-28) y su veneración por el origen divino del mismo. Honro su memoria dedicándole este libro.

En varios capítulos he utilizado algunas de las traducciones de Shawkat Toorawa, que se han difundido por canales privados. Le agradezco que me haya autorizado tanto a citar sus versiones llenas de lirismo como a modificarlas ligeramente en esta biografía de *Un Libro de Signos*. Estoy igualmente agradecido a cinco exalumnos míos, Rick Colby, Jamillah Karim, Scott Kugle, Rob Rozehnal y Omid Safi, por su extraordinaria intuición en la tarea de dar forma y rehacer este texto. Doy especialmente las gracias a mi colega Ebrahim Moosa, que leyó la totalidad del manuscrito con corazón de creyente y mirada de crítico. Mi compañera de vida, Miriam Cooke, hizo tanto que nada que pueda decir yo será suficiente. Recorro a Rumi: citando la sentencia del Profeta, Maulana –como también se lo

conocía– comentó una vez que «las mujeres dominan por completo a los hombres de intelecto y poseedores de corazón». ¡Que este libro se beneficie de ello!

Nota sobre las traducciones del Corán^[1]

Cuando se trata del Corán, las notas sobre sus traducciones son tan necesarias como inútiles. Ninguna traducción al inglés resulta satisfactoria por sí sola. La más fiel es la de Thomas Cleary, *The Qur'an: A New Translation*, Starlatch Press, Chicago, 2004, citada o parafraseada con frecuencia en el presente libro. Completa su obra anterior y más resumida, *The Essential Koran*, HarperSanFrancisco, San Francisco, 1994, que tal vez algunas personas sigan prefiriendo, aunque solo sea porque, a diferencia de la traducción de 2004, ofrece una introducción y un comentario parcial. Las traducciones inglesas más satisfactorias con comentarios o aparato crítico son las de A. J. Arberry, *The Koran Interpreted*, Macmillan, Nueva York, 1955, y M.A.S. Abdel Haleem, *The Qur'an: A New Translation*, Oxford University Press, Oxford, 2004. Para quienes deseen una traducción inglesa acompañada del original árabe para compararla con él, Ahmed Ali ofrece *Al-Qur'an: A Contemporary Translation*, Princeton University Press, Princeton, 1988.

El Corán es inabarcable incluso para los esfuerzos de los traductores más expertos y entregados. Hay que oírlo para apreciar sus cadencias árabes, sus ritmos inefables, sus escalas calibradas. Las recitaciones parciales más asquibles pueden hallarse en el CD de audio que acompa-

ña al original y evocador estudio de Michael Sells, *Approaching the Qur'an: the Early Revelations*, White Cloud Press, Ashland, Oregón, 1999.

Para una introducción, obra de un autor musulmán, a los elementos de las interpretaciones tradicional y progresista del Corán, puede consultarse Farid Esack, *The Qur'an: A Short Introduction*, Oneworld Publications, Oxford, 2002. En cuanto al deleite y los dilemas que comporta impartir enseñanzas sobre el Corán en la universidad europea o norteamericana contemporánea, véase Jane D. McAuliffe, «*Disparity and Context: Teaching Quranic Studies in North America*», en Brannon M. Wheeler, ed., *Teaching Islam*, Oxford University Press, Oxford, 2003, pp. 94-107.

Jane D. McAuliffe es también la directora de la que, por lo menos durante los próximos cincuenta años, será la principal obra de referencia en inglés sobre el Corán: *Encyclopaedia of the Qur'an*, E. J. Brill, Leiden, 2001-2005. Sus cinco volúmenes suman casi 2700 páginas, e incluyen referencias cruzadas exhaustivas, así como algunas ilustraciones en el volumen 2.

NOTA SOBRE LAS TRANSLITERACIONES

Hay varios modos de trasladar al castellano las palabras árabes, aunque ninguno de ellos puede considerarse normativo. En esta traducción, se han combinado formas «castellanizadas» (como hach frente a hâyy), con otras que recuerdan las formas árabes, pero con pronunciación sencilla en castellano (como *yihad*).

Introducción

El Corán revela elementos clave sobre sí mismo. Determinados versículos aclaran el significado de su nombre, la afirmación del islam como religión verdadera y la prioridad de la paz.

1. El término «Corán» significa recitación:

Lo hemos hecho descender con la Verdad y con la Verdad ha descendido. No te [Mahoma] hemos enviado sino como nuncio de buenas nuevas y como monitor.

Es una Recitación [Corán] que hemos dividido para que la recites a la gente reposadamente. La hemos hecho descender mediante [sucesivas] revelaciones. (17, 105-106)^[2]

2. El islam es la religión verdadera:

La verdadera Religión, para Dios, es el islam. (3, 19)

Si alguien desea una religión diferente del islam, no se le aceptará. (3, 85)

Hoy os he completado vuestra religión, he perfeccionado Mi gracia en vosotros y Me satisface que el islam sea vuestra religión. (5, 5)

Dios abre al islam el pecho de aquel a quien Él quiere dirigir. (6, 125)

Finalmente, en una pregunta retórica:

¿Acaso aquel cuyo pecho Dios ha abierto al islam no camina erguido bajo la luz de su Señor? (39, 24)

Dado que la palabra «islam» significa «devoción» o «sumisión completa» (a Dios), la pregunta retórica del último versículo establece el deber fundamental que corresponde a todo musulmán: «Caminar erguido bajo la luz de su Señor».

3. La paz es la prioridad:

Dios invita a la humanidad a la Morada de la Paz [dar as-salam], tanto en esta vida como en la futura. (10, 25)

El concepto de «paz» (*salam*) está tan estrechamente relacionado con el de «sumisión» (*islam*) que los dos resultan intercambiables, desde la primera revelación hasta el día del Juicio Final.

Son intermediarios angelicales quienes anuncian la primera revelación del Corán, y lo hacen con saludos de paz. Durante la noche del Destino, cuando se dice que el Corán fue revelado en su totalidad al profeta Mahoma,

Los ángeles y el Espíritu descienden en ella [la noche], con permiso de su Señor, para fijarlo todo.
¡Es una noche de paz, hasta el rayar del alba!
(97, 4-5)

De modo parecido, cuando los fieles entren en el Paraíso, serán recibidos por ángeles que pronunciarán la frase «As-salam alaikum», es decir, «La paz esté con vosotros» (7, 46; 13, 23-24; 16, 32). En todas las zonas del mundo musulmán, como también entre los musulmanes que vi-

ven fuera de las regiones mayoritariamente musulmanas de África y Asia, se usa el saludo «As-salam alaikum», al cual se responde «Wa alaikum as-salam» («La paz esté también contigo»).

Ahora bien, el saludo de respuesta puede también prolongarse. Este hábito deriva del siguiente mandato coránico (al cual, al mismo tiempo, refuerza):

Si os saludan, saludad con un saludo aún mejor, o devolvedlo igual. (4, 86)

El «saludo aún mejor» se pronuncia con frecuencia si las personas llevan mucho tiempo sin verse. Para hacer la respuesta «aún mejor», los musulmanes pueden superar a quien los ha saludado con una retahíla de buenos deseos: «Wa alaikum as-salam wa rahmatulahi wa barakatuhu» («La paz esté también contigo, y [también] la misericordia de Dios y [también] Su bendición»).

En todos los casos, la paz en este mundo está relacionada con la paz en el mundo futuro. El capítulo 36, «Ya Sin», da fe de ese vínculo claro y siempre presente. Cuando llegue el día del Juicio,

No habrá más que un solo Grito y a todos se les hará comparecer ante nosotros. (36, 53)

Entonces llegará el mensaje del Dueño del día del Juicio (*malik yawm ad-din*, 1, 3):

Les dirán de parte de un Señor misericordioso: «¡Paz!». (36, 58)

Por lo tanto, el saludo cotidiano de la paz que une a los creyentes entre sí en este mundo anticipa la paz que Dios proclamará el Último Día, el día del Juicio.

Además de revelar su nombre, afirmar el islam y hacer hincapié en la paz, el Corán posee otras características clave que son dignas de mención.

Las revelaciones están ordenadas en capítulos y versículos, y las causas de cada revelación proporcionan el contexto de su contenido. La cifra de revelaciones es superior a doscientas. El profeta Mahoma las recibió a través de un enviado divino (el arcángel Gabriel) entre el 610 y el 632. Actualmente están organizadas en 114 suras o capítulos. Todos excepto uno (el capítulo 9) empiezan invocando el nombre de Dios, y luego califican dicho nombre como «Compasión» y «Compasivo» a la vez: «En el nombre de Dios, Lleno de Compasión, Siempre Compasivo». Distintas personas cercanas al profeta Mahoma oyeron las revelaciones mientras él las pronunciaba. Retuvieron las palabras en la memoria y las repitieron oralmente. Unos cuantos las escribieron. En total, suman por lo menos 6219 versículos.

Los contenidos de las suras (capítulos) y aleyas (versículos) están informados por las causas de la revelación, es decir, por acontecimientos y circunstancias que marcaron la vida del Profeta y la primera comunidad musulmana. Hay dos aspectos principales en los que se pone énfasis. Las primeras revelaciones, las más breves, se produjeron en el período mecano (610-622). Evocando el cielo y el infierno en previsión del día del Juicio, llaman a los politeístas a adorar al Dios Único. También llaman a los judíos y los cristianos a reconocer a Mahoma como «sello de los profetas», que cumple para los árabes y para la humanidad la misión planteada por profetas anteriores; Abraham y Moisés son los principales profetas de la Torá, y Juan el Bautista y Jesús, los principales profetas del Evangelio. Las revelaciones posteriores se conocen como capítulos del período medinés (622-632), ya que se produjeron después de la Hégira (*hichra*), la huida de La Meca a Medina. Comparten imágenes, personajes, temas y categorías con

el período mecano anterior, pero al mismo tiempo son más extensas y están más dirigidas a asuntos sociales, políticos y militares.

Poner nombre a los capítulos devino crucial para recordarlos y recitarlos. En ocasiones el nombre provino de una palabra o un tema mencionados en el capítulo. Ciertos capítulos poseen varios nombres porque son importantes por múltiples razones. La sura «Fatíha» es la primera y la que se recita más a menudo. Aunque se llama «Exordio», también se la conoce como «Madre de la Escritura» o como los «Siete versículos muy repetidos». El capítulo 17 es conocido como «Los hijos de Israel», pero también como «El viaje nocturno», ya que su versículo inicial alude al más insólito de los viajes del profeta Mahoma: voló en un corcel alado de La Meca a Jerusalén, de Jerusalén al Cielo más Alto, y luego de vuelta a Jerusalén y La Meca, todo en una sola noche. (Tal vez el viaje fuera una secuencia onírica o una experiencia extracorporal, pero, con todo, fue real; véase el capítulo 1.) El capítulo 112, uno de los más breves, es tan fundamental que ha sido denominado por sus temas, densos pero complementarios, «La unidad», «La sinceridad» o «La naturaleza de la autoridad del Señor». Otros capítulos se conocen por las misteriosas letras que aparecen en el primer versículo, como «Ta ha» (20), «Ya Sin» (36) y «Qaf» (50).

A través de un complejo proceso, las recitaciones que habían sido reveladas en versículos y capítulos se convirtieron con el paso del tiempo en un libro. Tras la muerte del profeta Mahoma, Alí, pariente cercano y firme partidario suyo, trabajó con otras personas para recopilarlas en un texto escrito. Veinte años después, durante el mandato de Uzman, el tercer califa o sucesor de Mahoma (posterior a Abu Bakr y Omar, pero anterior a Alí), se organizaron todas las versiones existentes en una versión «oficial», que es la que se ha mantenido, básicamente sin cambios, hasta la actualidad.

Las primeras copias del Corán se realizaron en una escritura llamada árabe cúfico, que no tenía signos vocálicos. Pasaron otros cuarenta años antes de que, durante el mandato del califa omeya Abd al-Malik (685-705), se confeccionara la primera versión escrita del Corán con signos diacríticos. También se fijaron siete maneras distintas de recitar el Corán, pero ello sucedió aún más tarde, hacia el 934. Las mismas siete formas de recitación del Corán han seguido siendo un modelo canónico desde entonces.

El énfasis en la recitación no es casual: resulta esencial para comprender la formación y la fuerza del Corán. El Corán es un libro distinto de cualquier otro: es un libro oral que suena mejor leído en voz alta que en silencio, pero es un libro oral que también es una escritura. El Corán, más evocador recitado que por escrito, solo es plenamente el Corán cuando se recita. Para los musulmanes, oír el Corán recitado es algo distinto de cualquier otra cosa. Es experimentar la fuerza de la revelación divina como una voz turbadora procedente de lo Invisible. Conmueve, planea, se eleva, canta. Está en este mundo, pero no pertenece a él.

El arcángel Gabriel transmitió el Corán al profeta Mahoma en la Arabia de principios del siglo VII. Lo que oyó entonces Mahoma tiene que oírse una y otra vez desde ahora hasta el fin de los tiempos. Para los musulmanes, oír recitar el Corán es la brújula para la intuición espiritual y la orientación moral. Es el mensaje en su forma pura, una forma que es absolutamente pura y vívida a un tiempo.

El Corán es un texto árabe intrincado. Incluso quienes lo oyen lo interpretan de numerosas maneras –a veces divergentes–, y quienes no pueden oírlo en árabe no captan más que una mínima parte del mensaje que pretende transmitir.

Los límites de la experiencia humana afectan al modo en que abordamos el texto. El Corán escrito en árabe es

inferior a la revelación otorgada a Mahoma; es una revelación de segundo orden. El Corán escrito y traducido del árabe a otra lengua se convierte en una revelación de tercer orden. La distancia de la fuente nos perjudica, pero, con todo, podemos aprender acerca del islam estudiando el Corán, aunque se trate de un texto escrito y traducido del árabe a nuestra lengua.

El Corán trasladado a otra lengua proyecta un eco, a veces un eco sonoro, del vibrante núcleo espiritual del islam. Se oiga o se lea, en árabe o en alguna otra lengua, es Un Libro de Signos porque cada uno de sus numerosos versículos, como una delicada filigrana, es más que palabras: la palabra árabe correspondiente a la unidad más pequeña del texto coránico significa «versículo», pero «versículo» también significa «signo» o «milagro». Como signos tangibles, los versículos coránicos expresan una verdad inagotable. Expresan un significado dentro de otro, la luz sobre la luz, un milagro tras otro.

Para hacer el Corán accesible a un público lector amplio y variado, he organizado este libro como una serie de textos breves que pueden leerse consecutivamente o de modo selectivo. Para ofrecer un hilo temático, los quince textos están distribuidos en cinco apartados, titulados «El núcleo árabe», «Comentarios antiguos», «Interpretaciones posteriores», «Ecos asiáticos» y «Acentos mundiales». Cada texto tiene un contexto geohistórico definido y está marcado por una fecha específica de la historia musulmana y mundial. La excepción es el último. Del mismo modo que el Corán habla a través de las épocas, el uso de los pasajes coránicos y la invocación de los nombres de Dios no tienen límite espacial ni temporal. El último texto podría ser también el primero: la atención a los enfermos no está limitada por el espacio ni por el tiempo, aun cuando el sida –uno de sus temas– sea una virulenta enfermedad contemporánea.

Con todo, hay un argumento, y no cabe ignorarlo. Está formulado en Arabia y tiene un núcleo árabe. En el 610, un mercader de La Meca, mientras meditaba en una cueva en lo alto de una montaña, oyó una voz que desde el más allá lo instaba a convertirse en mensajero. Recibió mensajes –que eran revelaciones– procedentes de las alturas. Lo que se convertiría en el Corán transformó el modo en que Mahoma pensaba sobre sí mismo, su sociedad y el mundo. Aquellas revelaciones lo indujeron a desafiar a parientes y miembros de su clan, a motivar a otros para que lo siguieran, a formar una nueva comunidad y a convertirla en el centro de un nuevo movimiento. A continuación, vinieron refriegas y guerras, alianzas y traiciones que cambiaron su vida, pero no alteraron su propósito. Se reafirmó como el Profeta –el último profeta– de Dios. Su nombre era Muhammad ibn Abdalá, Mahoma, la religión que se le había revelado era el islam, y el centro del islam era La Meca (y luego, tras la Hégira o huida, también Medina).

Durante la vida de Mahoma, pero aún más tras su muerte en el 632, los ejércitos musulmanes se desplegaron en todas direcciones desde La Meca. Se enfrentaron a imperios colindantes con Arabia que contaban con una larga existencia. Hacia el este, atacaron ciudades costeras hindúes en Gujarat y Sind. Hacia el norte, irrumpieron en el Imperio sasánida persa; lo derribaron rápidamente y, a mediados de la década del 650, convirtieron a Irak e Irán en parte de una nueva entidad política islámica. Hacia el oeste, los ejércitos musulmanes no tardaron en conquistar Egipto, pero luego avanzaron con menor rapidez por el norte de África, luchando tanto contra los bereberes como contra los bizantinos, hasta que en la década del 680 llegaron al océano Atlántico. Fue una conquista militar que se produjo a mayor velocidad y tuvo más trascendencia que la expansión del Imperio romano, setecientos años antes. Convirtió a los ejércitos y armadas árabes en la fuerza dominante tanto del Mediterráneo como del océano Índico.